

La verdadera historia de los tres cerditos

Seguro que todos conocen el cuento de Los tres cerditos. Pero les voy a contar la verdadera historia, porque nadie ha escuchado *mi* versión del cuento. Yo soy el lobo. Silvestre B. Lobo. No sé cómo empezó todo este asunto del lobo feroz, pero es todo un invento.

A lo mejor, el problema es lo que comemos. Así es como somos. La verdadera historia es la de un estornudo y una taza de azúcar. Hace mucho tiempo, yo estaba preparando una torta de cumpleaños para mi querida abuelita. Yo tenía una resfriada terrible. Me quedé sin azúcar.

De manera, caminé hasta la casa de mi vecino para pedirle una taza de azúcar. Resulta que este vecino era un cerdito. Y además, no era demasiado listo. Había construido su casa de paja. Tan pronto como toqué la puerta, se derrumbó. Yo no quería meterme en la casa de alguien así como así. Por eso llamé: —Cerdito, cerdito, ¿estás en casa? — Nadie Respondió. Estaba a punto de regresarme a casa cuando sentí que iba a estornudar. Soplé y resoplé. Y lancé un tremendo estornudo.

¿Y saben lo que pasó? La casa de paja se vino abajo. Y allí, en medio del montón de paja, estaba el primer cerdito, bien muertecito. Había estado en la casa todo el tiempo. Me pareció una lástima dejar una buena cena de jamón tirada sobre la paja. Por eso me lo comí.

Todavía me faltaba la taza de azúcar. De manera que me dirigí a la casa del siguiente cerdo. Este vecino era un poco más inteligente, había construido su casa con palos de madera. Toqué el timbre en la casa. Nadie contestó. —Señor cerdo, señor cerdo, ¿está usted ahí? — Me contestó a los gritos: — Véte lobo. No puedes entrar. Me estoy afeitando el hocico. —

En este mismo instante, sentí que venía otro estornudo. Soplé y resoplé. Y lancé un tremendo estornudo. Y no lo van a creer, pero la casa de este individuo también se vino abajo. Cuando el polvo se disipó, allí estaba el segundo cerdito—bien muertecito. Palabra del lobo. Entonces, cené otra vez.

Todavía no había conseguido mi taza de azúcar. De manera que me dirigí a la casa del tercer cerdito. Debe haber sido el genio de la familia. Había construido su casa de ladrillos. Toqué en la casa de ladrillos. Nadie contestó, Llamé: —Señor cerdo, señor cerdo, ¿está usted ahí? — ¿Y saben lo que me contestó este puerquito grosero? — ¡Fuera de aquí, Lobo! ¡No me molestes más! — ¡Vaya falta de modales! Probablemente tenía un saco lleno de azúcar.

Estaba a punto de regresar a casa y quizás hacer una tarjeta de cumpleaños en vez de una torta, cuando sentí nuevamente mi resfriado. Soplé y resoplé. Y lancé un tremendo estornudo una vez más. Entonces el tercer cerdito gritó — ¡Y que tu abuelita se siente en un alfiler! —

Normalmente soy un tipo muy tranquilo. Pero cuando alguien habla así de mi querida abuelita, pierdo un poco la cabeza. Por supuesto, cuando llegó la policía, yo estaba tratando de tumbar la puerta del cerdito. Y en todo el tiempo estaba soplando, resoplando y estornudando, armando un verdadero escándalo.

El resto como dicen, es historia. Los periodistas se enteraron de los dos cerditos que había cenado. Pensaron que la historia de un pobre enfermo que iba a pedir una taza de azúcar no era muy interesante. De manera que se les ocurrió todo eso de “Soplidos y resoplidos y te tumbo tu casa.” Y me convirtieron en el lobo feroz. Eso es todo.